

Joaquín Ibáñez Cuevas, Barón de Eroles

Generalidades

Se trata de una figura que resume los caracteres del combatiente por la independencia y las tradiciones. Abogado por la Universidad de Cervera, cierra su naciente bufete al ver entrar los invasores de 1808; forma en seguida una guerrilla, y con ella se bate en todo Cataluña. Defiende Gerona, cae prisionero, pero se evade. Defiende el Castillo de San Fernando, y a punto de volver al poder de los franceses, consigue escaparse otra vez. Se ilustra en Peñíscola. Intriga más tarde para dar un fatal golpe contra el temido mariscal Suchet. Entra en Barcelona con los vencedores, y es premiado por Fernando VII. Variado el panorama, preliminares de la Guerra civil, se pone decididamente del lado de los absolutistas, asume un papel muy importante en la famosa Regencia de Urgel, sonando su nombre en las cancillerías europeas, y prematuramente fallece, a los cuarenta y tres años de edad y diecisiete de continuos servicios.

Comparado con otros hombres de su tipo, que se dieron a conocer en extraordinarias circunstancias, Ibáñez tiene cierta superioridad, no sólo por el grado y empleo que en el ejército alcanzó, y porque fué una de las figuras más activas de la Junta Superior del Principado, sino porque, después de la epopeya, continuó revelando la enérgica enemiga contra Napoleón y sus principios, en que descubría las huellas de la Revolución francesa, colocándose en el campo realista, y haciendo armas, y escribiendo y negociando en medio de personalidades de primera fila del bando de la Restauración y la Santa Alianza. Era, pues, de la madera de los Eguía, de los Elío, que se recuerdan hoy, a pesar de las diferencias de tiempo y de sociedad. El historiador Blanch inserta un pareado que corría en boca de los murmuradores, diciendo:

*«El Baró d'Eroles
és un joc de boles.»*

El Marqués de Miraflores, colega suyo, le censura en la obra *Apuntes para la historia de la Revolución de España*, escrita en 1834, suponiendo sólo motivos personales en su decisión absolutista.

También sospecha de él Lebrun, en su libro *Retratos políticos*.

En nuestros tiempos lo criticó con frase dura un académico, el Marqués de Villa Urrutia, en su monografía *Fernando VII, rey constitucional*, achacándole una ambición jamás satisfecha, y que se tituló comandante en

jefe del ejército llamado de la Fe en los principios de la Guerra civil; mas, sin negar qué tuviera defectos, es imposible desconocer que tenía condiciones, que fué hombre de acción, y no varió de manera de pensar, al revés de varios compañeros de armas de la guerra de la Independencia, como el heroico Manso, como Milans del Bosch, que, al volver Fernando VII y emprender su régimen absolutista, abrazaron la causa de la Constitución de Cádiz, secuela de la napoleónica de Bayona, y origen de apasionamientos y confusiones sin número.

El historiador y político tan desafecto a la causa tradicionalista, que fué don Víctor Balaguer, en su *Historia de Cataluña* (edición de Madrid, 1887, tomo X), ocupándose del reinado de Fernando VII y de las incidencias que sintéticamente recordamos, dice que la Junta realista de la Seo, que nombró la Regencia, envió a buscar, para ser uno de los regentes, al Barón, quien se encontraba retirado en su casa de Talarn, no pareciendo esto a propósito para deducirle ambiciones. En cuanto al mando que se le dió, escribe que, tratándose de un general de tanto prestigio, hubo el Gobierno constitucional de oponerle una reputación, y éste fué Espoz y Mina, uno de los más firmes adalides de la causa liberal en España, subraya.

Hay vacíos de documentación que impiden continuar en un ensayo biográfico extremos tan interesantes, como el papel que hizo en la Regencia del Reino, donde no consta que continuase siempre de acuerdo con los otros regentes, particularmente en los decretos de represalias; donde no se sabe por qué se retiró de la escena, ni lo que hizo hasta su fallecimiento. Tampoco está claro la contradicción que le impulsó a decir desde Urgel a los habitantes, al iniciarse la lucha fratricida, que él admitía una Constitución con Fueros, aunque es presumible que se refiriese a la conservación de la legislación histórica, contra la Codificación, establecida en la Constitución de Bayona y copiada en la de Cádiz, cosa que, como abogado, entraría en sus planes, y que, al fin y al cabo, constituyó parte del programa del carlismo. Los constitucionales lo tenían señalado como su enemigo, y bien lo demostraron en escritos, y en el canto del célebre *Trágala*, bajo sus balcones, en Barcelona, una noche de agitación.

De todo eso, y de otros pasos audaces, casi novelescos, como la trama con Van-Halen, para sorprender al mariscal Suchet y arrebatarle plazas fuertes, así como de su prematuro y trágico final, se infiere una vida activa, rodeada de peligros; una animosidad vivísima contra los partidarios de la Revolución y del Bonapartismo, caracteres propicios a los vuelos de la imaginación. Si se atiende a que, casi un mozo, acostumbrado al estudio y al bienestar, se lanzó a la guerra, se puso a mandar soldados improvisados, contra tropas aguerridas, e intervino en política contra la famosa Constitución, cuyos apoyos eran tan poderosos, se tendrá que convenir que Ibáñez no era una figura vulgar, sino un personaje de temple, de arraigadas ideas, que después de encontrarse en el Estado Mayor, diríamos, de la guerrilla de Cataluña, una de las más atrevidas, descolló en el del ejército de la Santa

Alianza, o sea, de la gran organización internacional formada al caer Napoleón I para devolver al mundo la paz, alterada por la Revolución y el Imperio, nada menos que en veinte y pico de años de luchas y dolores.

En una psicología como la del Barón, toda animosidad contra los invasores, choca que no se advierta rastro de haberse mezclado en las conspiraciones contra el ejército francés, que, como se sabe, consistieron en vivísimas tentativas de liberar a Barcelona por diferentes procedimientos, el más resonante, el ensayado en mayo de 1809, que costó la vida a los llamados *Mártires de la Ciudadela*, pero que no le fué en zaga el supuesto plan de envenenar a la guarnición, que, al decir de los ocupantes, debía ponerse en práctica, por orden del general Lacy, a últimos de diciembre de 1812; mas su nombre no suena en las numerosas piezas impresas que circularon, ni en los respectivos procesos. Es indudable que, como todos los miembros de la guerrilla, estaría identificado con tales artes; pero, tal vez, le repugnaba la materialidad de los actos, que daban lugar al invasor a calificar de bárbaros, caníbales, y otros epítetos, a los defensores de nuestra tierra. A pesar de su energía, parece que Ibáñez no era insensible a las leyes de la humanidad en momentos de excitación y vindicta.

Nacido en Talarn, estudió leyes, graduándose, y se encontraba en Madrid al suceder la invasión. Fué testigo del 19 de marzo y del 2 de mayo, y la impresión debió de ser tan fuerte, que, dando de mano a sus trabajos de pasante, salía de la corte, corría a Talarn; se encerraba en su casona, y estudiando día y noche arte militar e historia, se preparó para la guerra y pronto se juzgó apto para empuñar las armas. Levanta en su pueblo el Somatén, dejándolo preparado, provisto por su bolsillo, para entrar en campaña, y entonces acude a la Junta Superior, que se acababa de constituir en Lérida, ofreciéndose para guerrillero. Tenía veinticinco años. La Junta accedió a su deseo, dándole mando, y hete en operaciones al que creía brillar en el foro de Madrid.

Dado el carácter del invasor, y la resolución de nuestros antepasados, pronto recibió el bautismo de fuego, empezando en la batalla de Molins de Rey, batiéndose nada menos que contra las huestes de Saint-Cyr, que acababan de ganar la batalla de Llinás. Continuó en Villafranca, Picra, Aberra, Arbós y Martorell. Voló a Gerona; cae prisionero, como se ha dicho, y, conducido a Francia, encuentra en Rivesaltes un antibonapartista que le facilitó la evasión, y en 1810 se halla de nuevo en las hileras de los defensores del suelo patrio. Se presenta en Vich, y con su palabra inflama hasta a los más débiles, dice un historiador, y luego se significa más, peleando en el Ampurdán, donde gana la acción de Lladó; en el Campo de Tarragona, en la defensa de Montserrat, y rescatando a Cervera, tras la vivísima palestra que tuvo por escenario el ámbito de la Universidad. En 1813, decaída ya la brillante estrella napoleónica, bate y hace prisionera en Peñíscola una guarnición dejada por Suchet en su retirada de Valencia, y reconquista Lérida y otras posiciones, como se dirá.

En todas estas porfías le dan un bayonetazo, quedando herido.

El general Artechc, en el tomo VII, capítulo I, de su obra *Guerra de la Independencia, historia militar de España*, al ocuparse de la guerrilla, y significar que Cataluña fué uno de sus escenarios renombrados, menciona a Ibáñez, pero lo pone debajo de Manso y de Franch, el primero por su campaña del Llobregat (1809), que le valió su título nobiliario; el segundo por el conjunto de sus servicios y por el apoyo que en la alta montaña prestó al ejército.

En 1814 trató con Van-Halen, desertor del ejército francés, para producir un golpe mágico entre los invasores.

El rasgo es, sin duda, de los que sobresalieron en la parte interna de la guerra de la Independencia en Cataluña, suministrando ocasión a Eroles de revelar habilidad diplomática, fe en el éxito, humanidad, y a la vez obstinación, haciéndole mover con masas de tropas, y desmoralizando a los invasores, ya decadentes en 1813 y 1814. Pero, acaso, no se le juzgó con justicia, o fué tergiversado su objeto, en las numerosas intrigas y ruindades de las pasiones personales.

En resumen, sucedió lo que era muy propio de un guerrillero del temple de Ibáñez, que no perdía ocasión de hacer daño a los franceses. Su punto de mira era, según Rodríguez Solís, recuperar sin efusión de sangre plazas perdidas, dejadas con guarnición más o menos numerosa, en el mar de la contraofensiva española, a la que cooperaba el ejército anglosiciliano, que desde Alicante venía persiguiendo a Suchet, expulsado de Valencia. Juan Van-Halen, de origen irlandés, pero nacido en Cádiz, oficial español, hecho prisionero por los invasores en El Ferrol, y que entró en los estados mayores del propio rey intruso, y, luego de Suchet, se puso en relación epistolar con Eroles, ofreciéndole facilitarle claves y sellos de su jefe para sobornar a los jefes de aquellas guarniciones. Contestóle el militar catalán de manera digna, pareciendo rechazar sus ofertas, dados sus antecedentes y el daño que Van-Halen había hecho a sus compatriotas; mas al fin accedió, y comenzaron los tratos en San Feliu de Codinas, previo un contratiempo, que consistió en no poder realizarse el copo de doscientos coraceros del 13.º regimiento (el mismo que en Margalef dió la victoria a los franceses, sitiadores de Lérida, contra la columna española que desde Montblanch subía a hacer levantar el sitio). El oficial que los mandaba olió la traición de Van-Halen, y mandó volver grupas, encontrándose el traidor a punto de ser prendido; pero Eroles le salvó, continuando los tratos. Durante éstos, entretenidos, arriesgados, no siempre bien vistos en el campo español, Eroles consultó al general don Javier Elío, inimicísimo del francés, quien le contestó que no fíase demasiado de gente infamada. A pesar de esto, Eroles y Van-Halen prosiguieron. Fracasado el plan de recuperar Tortosa, se concentraron sobre la recuperación de Lérida, de Mequinenza, de Monzón, sucesos que salieron bien, y que relata con copiosos detalles el general Artechc en su *Guerra de la Independencia* (tomo XII, Apéndice 13). La cap-

tura de Lérida, sobre todo, hizo mucho efecto, influyendo, según parece, en el propio Napoleón. El éxito se acompañó de la prisión de más de dos mil veteranos franceses, tomándoles efectos de todas clases. artillería, y de varias docenas de afrancesados, instrumentos del gobernador de esa ciudad, Henriod, verdugo de numerosos españoles. Si los militares invasores recibieron cierto buen trato, los afrancesados padecieron insultos, despojos y otros rigores, justificados por cuatro años de padecimientos de la población civil, y, juzgados en Balaguer, fueron ejecutados los llamados Viader y Fraixar. El primero fué fusilado por la espalda, y su compadre descuartizado.

Las relaciones con Van-Halen coinciden con el final de la guerra de la Independencia, y tienen un pronunciado sabor de época, no sólo en la trama en sí, que constituyó un ardid más de los innumerables en aquella inolvidable lucha, sino como un destello de literatura militar y política, muy puesto en su lugar por la naturaleza de las cosas, muchas veces matizadas por un romanticismo que merecería ser estudiado. Eroles desapareció pronto de la escena, no así Van-Halen¹, figurante de las guerras civiles.

Largo fuera acoger anécdotas y episodios de una vida llevada sin reposo, entre toda clase de peligros, pero le acompañó siempre la fortuna, y sus fuerzas, que eran ya una división regular, tenían mucho prestigio. Por cierto que su valor, puesto a diario a prueba, no impidió manifestaciones de buen humor y de cultura, que cuenta el señor Elías de Molins en su *Diccionario*, al recordar que un muchacho de dichas tropas, Francisco Renart, entretecía a sus compañeros en el campamento, representando obras teatrales, sobresaliendo una: *La Layeta de Sant Just*.

Eroles era ya general de ejército; mandaba, como se ha dicho, una división, con la que entró en Barcelona, iluminando la población en honor suyo.

En 1815 presidió los funerales de Alvarez de Castro, y dirigió la causa contra los afrancesados; a pesar de este cargo, amparó a Leandro Fernández de Moratín, autor de *El médico a palos*, tenido por partidario de los invasores.

En 1816, ingresa en nuestra Academia.

La vuelta de Fernando VII de su cautiverio, y los sucesos que inmediatamente ocurrieron en toda España, especialmente la sublevación de Riego, agitaron en extremo a Ibáñez, que en 1822 se encuentra en Urgel con la Regencia, al lado del arzobispo de Tarragona, doctor Creus, y de otros conspícuos. Un año más, y se le halla en el Estado Mayor del Duque de Angulema, sobrino del rey de Francia Luis XVIII, en el ejército que iba a entrar en España, con el nombre célebre de *Los cien mil hijos de San Luis*, para restablecer a Fernando en sus derechos y acabar con las agitaciones

1. En su novela *Juan Van-Halen, oficial aventurero* (Bilbao, 1933), Pío Baroja alude a las relaciones de que acabamos de ocuparnos, y hace del tráfuga una pintura desagradable.

que destrozaban a los españoles. Enfrentóse con Espoz y Mina, y estuvo en el Consejo de la Regencia del Reino.

De este tiempo sería el retrato, sin duda idealizado, que se encuentra en la obra de Chateaubriand, titulada: *Congreso de Verona y Guerra de España*, traducida en Madrid, el año 1870, por Gaspar y Roig. Eroles cabalga sobre un corcel de batalla, con el tricornio y los atributos de comandante en jefe, espada desenvainada y el brazo en alto, en actitud de mando. Hay otros documentos gráficos, uno de Goya, que deja ver el defecto que padecía el Barón en la vista. Es una pintura que encierra cierta psicología: el impetuoso guerrero cruza el sable sobre el pecho. Hay otros, uno ecuestre, actitud repetida en otros retratos de generales de la época, galopando, brazo extendido, señala un punto a las tropas. La Biblioteca Nacional de Madrid conserva otro, en que se le ve en pie, casaca oscura, abotonada hasta el cuello, pantalón de ante, alta bota, sable desnudo, curvo. La actual parentela del Barón tiene una copia de este documento.

En una obra francesa de 1823, titulada: *Galería española, o noticia biográfica de los miembros de las Cortes y del Gobierno, generales en jefe, y comandantes de guerrillas de los ejércitos constitucionales y de la Fe*, se lee que Joaquín Ibáñez era de talla mediana, que tenía la mirada *très louche* (bizca), y un exterior *généralement désagréable*...

El Barón de Eroles, militar

Ofrece dos fases distintas: la de voluntario, jefe de guerrillas de la guerra de la Independencia (1808 a 1814); y la de general de la Guerra civil.

Del guerrillero hemos ya dicho algo. Como militar, no era de carrera, pero tenía facultades naturales, buen observador, adversario de los franceses, lleno de audacia y de confianza. Igual que todos los del país, excelente conocedor de la topografía. El torbellino de una lucha sin cuartel hizo que no pensase ya más en volver a la vida civil, y así fué recorriendo los grados, con la rapidez y las irregularidades del momento. Era coronel el 14 de enero de 1810, tras casi dos años de mando en las partidas de Miqueletes y de Somatenes. General de brigada el 13 de mayo del propio año, cuando apenas llegaba a la mayor edad. El 24 de marzo de 1814 era teniente general, y capitán general el 28 de diciembre de 1824, figurando en la *Guía política de las Españas*, tomo impreso en Cádiz el año 1813. El uniforme oficial era casaca de paño azul con vueltas y forro encarnado, pantalón grana para gala, y de ante para diario y campaña, con un ceñidor de tafetán carmesí, con bordados según la categoría.

Señalamos el Archivo de la Corona de Aragón, papeles de la Junta Superior y del Ejército, con los Oficios y poderes expedidos. Actas del Congreso Provincial. Oficios del Ramo de Guerra, y Oficios y Memoriales de particulares. De estas fuentes, y quizá de epistolarios y otros papeles

particulares, sacaría el historiador Blanch mucho de lo que dice referente al caudillo. Por otra parte, hay las *Efemérides* del Rdo. Huguet, relativas a las operaciones. La prensa barcelonesa y la Academia han publicado sobre el mismo, pero queda mucho, sin duda, por explorar para tener el retrato en todos sus aspectos.

A medida que Ibáñez adelanta en la vida militar, parece como que se eleva y se completa, particularmente a encontrarse con los problemas de la Guerra civil. En esta ocasión, el Barón halló manera de alimentar su pasión antinapoleónica, porque se encontró con antiguos servidores de Napoleón, que desesperados por la derrota de éste, expulsados de todas partes, se acogieron a España, a las filas liberalcscas, soñando con una restauración del Imperio, en nombre de Napoleón II. Según Chateaubriand, un prisionero hecho en las inmediaciones de la frontera se encontró portador de una Proclama, en que se decía que los antiguos combatientes de Napoleón I se ponían al lado de los constitucionalistas españoles, contra el absolutismo. Eroles se sintió, pues, con un acicate más para combatir la Constitución. Inevitable el choque, unidos los tradicionalistas de Cataluña con los de Navarra, se produjo el estallido en las montañas y los campos, y Espoz y Mina, y el Barón, vinieron a las manos. Éste fué derrotado en aquella etapa, que enumera entre sus barbaridades la destrucción de la villa de Castellfullit. Pasó a Francia, encontrándose en lances que hubieran hecho retroceder a cualquiera no dotado de su temple, y se reunió en Tolosa con los primates de la política de reacción europea contra el Bonapartismo.

El político

Eroles supo demostrar condiciones políticas apenas presentado a la Junta del Principado, allá en los primeros días de la pugna con los invasores. Diputado por Talarn, habiéndole sucedido, sin embargo, Pallarés y Especier, pues su vida de movimiento no le permitía ocuparse de negocios mesurados y de parsimonia, intervino decisivamente en el nombramiento de comandante de las tropas levantadas por Cataluña, y contra el dictamen de la Junta que proponía al general Cornel, daba el mando a don Domingo Traggia, marqués del Palacio, jefe de la guarnición de Mahón, que fué el que con seis mil hombres pasó a Cataluña, desembarcando en Tarragona y empézanando por imponer a la Junta su acatamiento. En la Guerra civil escoge la bandera de la tradición, disintiendo de otros guerrilleros, entre ellos Manso, que se hicieron liberales. Es un buen punto de crítica éste, que separaba a dos camaradas de afanes contra la invasión, defensores del santo Montserrat; pero es difícil compararlos, por ser casi paralelas sus vidas. Mirándolo por el lado de la popularidad, parece superior Manso, de humilde origen, arrebatado por el insulto que recibiera de un sargento francés, en el molino del Monasterio de Ripoll, en que trabajaba como mozo; la rapidez y fortuna de su carrera, los títulos, la predilección de

la Junta tantas veces citada, las palabras del Rey al regresar del cautiverio, y el gesto de servirle dos platos con su propia mano, parecen colocarlo por encima de Ibáñez. Barcelona cooperó colocando su retrato en la Galería de catalanes ilustres y dedicándole una calle, pero Eroles le supera en la época de la primera Guerra civil, por el mando en jefe, por su encuentro con Mina, y sobre todo por el papel desempeñado en la intervención realista francesa, que le hizo mezclarse con las principales figuras de la política de la postguerra de la Independencia, el Duque de Angulema; Wellington, que fué generalísimo en España contra los ejércitos invasores; Chateaubriand, Villèle, Montmorency, y otros. Al penetrar en Cataluña el mariscal Moñcy, con el ala izquierda de Angulema, el Barón puso a sus órdenes nueve mil veteranos de la guerra de la Independencia. Entraba después en el Gobierno, figurando al lado del Duque del Infantado, del de Montemar, del Obispo de Osma, de Gómez Calderón, de Calomarde, nombres históricos. En el teatro de Cataluña le trataron todas las reputaciones tradicionalistas, así como los jefes de las partidas, los Misas, Miralles, Bessières, Mosén Antón Coll, El Trapense y otros, mil veces alabados por unos, maldecidos por otros.

El Barón de Eroles, académico

Completa la representación de Joaquín Ibáñez su entrada en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, que tuvo lugar en 1816, según se ha dicho, con cierto significado que subraya el académico don Rafael Carreras y Bulbena en un trabajo sobre la docta Corporación. El 10 de marzo de dicho año, en efecto, pisaba los umbrales de la centenaria asamblea el hombre que venía curtido de los campos de batalla, y que se preparaba a ir presuroso a otros, siempre con el afán patriótico y monárquico. Su discurso de recepción fué consagrado a Aníbal y sus guerras, tema apropiado para un hombre de armas. En el mismo alude a la guerra de la Independencia, de que hacía dos años había compuesto una narración, que es sensible no tener a mano.

El mismo señor Carreras y Bulbena, en un Discurso sobre el influjo de los constitucionalistas en la docta Corporación, dice que de tradicionalista hubo de pasar a liberal moderada, y lamenta la muerte temprana de Ibáñez, quien, al concluir la campaña del Duque de Angulema y reanudar su vida académica, hubiera dado un curso decisivo a la Academia, volviéndola a su antiguo cauce, pero la muerte le estaba acechando.

El fallecimiento a causa de enajenación mental es una incógnita, que la crítica debería despejar. Ignórase si fué una locura súbita, o si tenía antecedentes. Carecemos de datos, pero acaso tal dolencia fuera motivada por las fatigas y la tensión de las guerras en que se encontrara. En Monzón, donde falleció el último de los de su linaje, parece se encuentra un fondo de documentación personal inédito, que valdría la pena de explorar, en be-

neficio de la biografía, y hasta de la historia de 1808 a 1814, que es la parte tal vez más interesante de su carrera, por su exención de prejuicios, y por su espontaneidad y abnegación, y brillantes acciones. Al relacionarse con Van-Halen, a pesar del triunfo que representa la recuperación de posiciones importantes, muestra algún rasgo equívoco; y la intervención en Urgel y en la política de la Santa Alianza está envuelta por la atmósfera pasional.

Joaquín Ibáñez tenía familia, alguno de cuyos vástagos alcanzó edad avanzada, pero sus ilusiones bélicas, sus intervenciones políticas no se continuaron. Hoy pertenece de lleno a la historia su ilustre apellido, blasonado con armas, que consisten en un águila negra en campo azur, con dos barras encarnadas.

FEDERICO CAMP